– ¿Usted es el Cristo?
– Eso parece.

– ¿Por qué ha venido a Sevilla?
– Me han dicho que ustedes celebran mi muerte todos los años. Que es el alfa y omega de su calendario tribal. Vengo para decirles que están ustedes equivocados. Yo estoy vivo. Resucité entre los muertos. ¿No se han leído esa parte del Evangelio?

– Aquí tenemos una cofradía que se llama La Resurrección, don Cristo, pero nadie le hace demasiado caso porque sale la última, el domingo a las cinco de la mañana, según el programa de El Llamador, cuando la Carrera Oficial ya se está desmontando.
– Sí, ya lo sé. El casero del sitio donde me alojo (temporalmente) me ha contado que todos los años lo despierta esa cofradía a esa hora tocando marchas de cornetas y los tambores. ¿No hay otra manera más civilizada de conmemorar mi Resurrección?

– Es que aquí si una cofradía no lleva una banda de cornetas y tambores es de silencio, una cofradía rigurosa. Seria. Y en Sevilla somos muy simpáticos y alegres.
– La música de cornetas y tambores es música militar. Mi Resurrección es un acto de esperanza, no un desfile castrense. Para conmemorar todo esto no hay que hacer tanto ruido. Además, todo el mundo se sabe ya mi historia. Está en el Nuevo Testamento. La Resurrección es un mensaje para el corazón de los hombres. No hace falta pregonarlo con tanto escándalo.

– Es que aquí lo suyo (su Pasión y Muerte) es una tradición popular.
– ¿La muerte es una tradición? No lo entiendo. Lo importante no es la muerte, querido hijo, sino lo que viene después: la Vida (Eterna).

– Mire usted, yo soy un simple presentador de la televisión municipal que llevo un programa donde hacemos todas las semanas un trivial cofrade, que es un concurso con mucha audiencia entre los benjamines y los grupos jóvenes de las hermandades. No me pregunte esas cosas, que yo no sé responderle. Para esos asuntos ya está Palacio, que es como llamamos al Arzobispado. Lo nuestro es preguntar quién hizo tal peana, tal manto o el adorno (floral) de los pasos de palio. De Teología no sé nada. Sólo hablamos de las cosas de Sevilla.
– Pues vaya periodista que está usted hecho.

– No soy periodista, don Cristo. Ante todo soy sevillano, cofrade (y locutor, claro). Me gustan mucho las cosas de Sevilla, como le digo, que son mayormente tres: los toros, las cofradías y la Feria. Sevilla es la mejor ciudad del mundo. ¿No está usted de acuerdo?
– Yo soy de Belén, que es un pueblo. Después viví un tiempo en Jerusalén. Pero al sanedrín de la ciudad, que viene a ser como la Cámara de Comercio, no le gustó que expulsase a los mercaderes del templo y llamaron a los romanos para que me prendieran. Decían que yo era un impostor y un revolucionario. Un rojo peligroso. Pero yo sólo quería que la gente rezase en el templo, no que se dedicara a comprar baratijas.

– Aquí coleccionamos nazarenos, piezas de pasos, estampas de vírgenes y todas esas maravillas del merchandising cofrade. Hay tiendas especializadas en capirotes, también.
– No lo dudo. El otro día un hombre quiso venderme por dos euros una estampa con la foto de mi madre. Me pareció una falta de respeto comerciar con su imagen.

– Es por devoción, don Cristo.
– No, es por dinero. Si hasta tienen ustedes registrados los derechos de imagen de mi madre en la Macarena. ¿No rige en esta aldea la ley de protección de datos? ¿Qué culpa tiene la Virgen? En el cielo somos cuidadosos con estas cosas. Somos discretos, como en los hoteles de lujo.

– Aquí el único hotel de lujo es el Alfonso XIII, que es una maravilla de la Expo del 29, pero ahora lo han reformado bastante y lo han puesto demasiado modernito por dentro. Aquí esas cosas modernas no gustan mucho. Nosotros preferimos la Sevilla de-toda-la-vida.
– ¿No les gusta a ustedes el tiempo en el que viven?

– No, don Cristo. Para nosotros el tiempo en realidad no existe. Es cíclico, ritual, repetitivo. Fíjese usted que nuestro calendario no es el gregoriano, sino el indígena: contamos siempre en función de los días que quedan para el Domingo de Ramos.
– ¿Qué pasa ese día?

– Que entró usted en Jerusalén montado en una borriquita. ¿No se acuerda?
– Ese fue Sancho, el de don Quijote. Yo siempre voy a pie. Soy un peatón militante. Además, llevo sandalias, como los del 15-M. Eso de la borriquita es una licencia literaria del evangelista, que es muy poco riguroso. Lo metió en la Biblia para hace publicidad: su primo tenía una cabaña de ponies, como los que ponen ustedes en las plazas en Navidad. He visto que tienen hasta dromedarios expuestos al pueblo. ¿No les da verguüenza hacer eso con los pobres animales? También son hijos de Dios.

– Eso es cosas de @Zoidoalcalde, que dice que así viene más turismo.
– Roma está llena de turistas y no tienen camellos en las plazas.

– Roma es barroca, como Sevilla.
– No viajas nada. Sevilla no es barroca, hijo mío. Las iglesias no tienen plantas ni fachadas con movimiento. Son todas iglesias de caja. Eso sí, la decoración la recargan ustedes bastante.

– ¿No le gusta a usted, don Cristo? Están dedicadas a su persona y a su madre.
– Yo es que soy de la escuela de Peridis. A mí lo que me gusta es el románico, que es un arte sencillo, sin tanta tontería ni tanta historia. Por cierto, ¿me puede decir qué es un pestiño?

– ¿Un pestiño? Un dulce que se come en Semana Santa, como las torrijas.
– ¿Un dulce? Pues a mí me parecía otra cosa. Hoy me han llevado muy temprano a un teatro, con los calentitos y el café con leche casi en la boca, y me han dado durante tres horas un tostón con una cosa que llaman pregón, que consiste en que desde un atril un tío grita, habla en mi nombre, vuelve a mentar a mi santa madre (ustedes tienen obsesión con ella) mientras le aplauden militares, canónigos y mucha otra gente vestida con chaqueta azul, que es una chaqueta antigua, mire usted. Creía que eso era un pestiño. El pregonero hablaba de él más que de mí. De mi Resurrección no decía casi nada. Sólo hablaba de mi muerte en la cruz. Y yo he vuelto aquí para hablar de mi Resurrección, no de lo que, como dijo Paco Umbral, opine el personal de mi muerte.

– Don Cristo, es que usted no es de aquí, es forastero y no entiende las cosas de Sevilla. La religión no importa en Semana Santa. Lo importante es que te vean, no que crean. La Semana Santa sirve para que se perciba que eres alguien. En Sevilla si no vas a los toros en la Maestranza y sales en una cofradía en Semana Santa no eres nadie. Ni Dios.